

EL ROSAL
DESHOJADO

BIBLIOTECA POPULAR

Volumen 40

Primera edición
Tipografía La Unión
San Salvador, 1935

Segunda edición
Dirección General de Publicaciones
del Ministerio de Educación
San Salvador, 1965

Impreso en los Talleres de la
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES
Pasaje Contreras Nº 145. San Salvador,
El Salvador, Centroamérica.
1 9 6 5

ALBERTO MASFERRER

EL ROSAL DESHOJADO



**MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION GENERAL
DE PUBLICACIONES
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.**

Biblioteca Popular
dirigida por
TRIGUEROS DE LEON
Portada de Carlos Mérida

*Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

NOTA EDITORIAL

*L*A primera edición de este libro se hizo en San Salvador hace veintinueve años y corresponde al título genérico de: *Obras Completas Tomo I*, del autor. Su publicación se debe "al auspicio desinteresado de un grupo de sus admiradores, que consideran como un deber sagrado, la difusión de las ideas de Masferrer", de acuerdo con lo que expresa la nota correspondiente.

No sólo por el título y los temas en donde lo sentimental domina, sino por la lucha entre la pasión y la razón, vuelo de la fantasía y acentuado lirismo, esta obra pertenece al período más romántico de su creador.

La mayoría de estas páginas son trozos de la vida diaria o recuerdos que nacen al conjuro de algún estímulo. Casi todas contienen meditaciones sobre la niñez, la vida, lo temporal, mundano y pasajero. Muchas son notas autobiográficas con pensamientos relativos a constantes afanes de Masferrer. Pero todas son trozos literarios que, en su mayoría, acusan la tendencia del autor a escribir sucintamente sobre cuestiones trascendentales que de pronto le asaltan a

contemplar una escena o un paisaje, escuchar el canto de un pájaro, ver una flor o visitar un sitio cualquiera, relacionando así sus concepciones panteístas y su sentido de arraigada religiosidad.

Es indudable que Masferrer fue mejor prosista que versificador. Aunque las poesías que se ofrecen en este volumen son escogidas, su desarrollo no culmina en elevada inspiración. Masferrer poseía, desde luego, gran sensibilidad expresiva; pero no llegó a traducirla en los versos y estrofas que dejó escritas. Su prosa sí es fina y fuerte, entrañable y conmovedora, en algunos momentos llega a ser poética y cuando trata temas humanos sabe imprimirles, dentro de su arrebatado apasionamiento, verismo, sentimiento conmovedor, de tal modo que sus ideas impresionan y sus argumentos persuaden por su sinceridad y belleza.

Podría decirse que en estos artículos se encuentra el germen de las ideas que Masferrer se empeñó en difundir a través de estudios y ensayos más amplios, a medida que fue madurándolas y desenvolviéndolas debido a la experiencia, conocimientos adquiridos y ampliados, como por el fervor de evangelizar mostrando a los hombres el camino de su regeneración y mejoramiento valiéndose de la meditación reflexiva y el confrontamiento de la realidad que lo circunda, como de la necesidad de convivencia, fraternización y entendimiento con los demás hombres.

Este libro vuelve a mostrarnos al Masferrer bondadoso, convincente, empeñado en que los humanos descubran su propio destino y encuentren la ruta de la salvación.

ALBERTO MASFERRER nació el 24 de julio de 1868 en Alegria, departamento de Usulután, República de El Salvador, y murió en San Salvador el 4 de septiembre de 1932.

AVE, ROSA Y ESTRELLA

ESTE árbol escuchó la primera canción del pájaro que nació entre sus ramas. Llegarán otras aves, y con divinos cantos harán estremecer sus hojas; mas ¿cuál conmovirá su corazón como la nota del pájaro que nació entre sus ramas?

* * *

Cuando se abrió la rosa, una abeja peregrinante recogió su primer efluvio. De flor en flor, la abeja ha recogido mieles y fragancias; mas ¿dónde halló jamás otras tan dulces como el primer efluvio, cuando se abrió la rosa?

* * *

Una estrella vertió del hondo azul el primer rayo, como una perla tímida se asoma a la rendija de su rosada concha. Una nube pasaba, y el vellón de nieve fue encendido con el oro inviolable de aquel primer destello. Volando va la nube, y sus alas se incendian

con rosas de la aurora, con besos del ocaso; mas ¿dónde halló jamás la primera llama de aquel destello?

* * *

Ave, rosa y estrella fue tu alma y para mí sus cantos, su luz y su fragancia. Sea mi corazón urna cerrada, y en él vivan solos, improfanados, tu primera canción, tu prístino destello, tu purísimo efluvio, ave, rosa y estrella.

MELANCOLIA

(En el Parque Barrios
frente al Conacaste)

A QUI vine, con ansia de encontrar *mi palabra*. Ha de haber para cada hombre una palabra que sea la llave de su Destino; la que —haciendo girar de cierta manera la cerradura de su vida— le abra las puertas de la paz. . .

* * *

(Cae una hoja. Un torogoz de vuelo restallante se posa en una rama, y sube y baja, y sube y baja la pluma única de su cola verde oscura).

* * *

¿Sólo para mí no ha de haber esa palabra? . . .

* * *

Por primera vez vine a este gramal, donde creí hallarme solitario y tranquilo; mas viene un jardinero con su rastrillo a recoger la basura, y bañó de polvo

mis manos, mi papel y mis ojos... Así fue mi vida...
así fue siempre...

* * *

Me sacudo el polvo de las manos. Me detengo a contemplar esta mano que tantas palabras escribió. Está llena de manchas, toda llena de manchas al reverso, como si cada palabra hubiera sido una mentira. Sin embargo, mi mano fue sincera. Palabras de ira, sí escribió; de tristeza, de tedio, de exasperación y de melancolía... pero no de mentira.

* * *

Por el anverso, mi mano aún está blanca. Aún se perciben en ella, vagamente, dos cicatrices, de nueve que tenía, y recordaban una aventura de mi niñez.

No había advertido que esas cicatrices se habían casi todas borrado... ¡qué extraña sensación me causa su pérdida!... Así fueron otras, del alma: heridas que nunca dejarían de sangrar, pensaba yo; y ahora, cuando vengo a ellas, y las busco, ya no las encuentro. Ya no se ven las cicatrices... ellas también murieron...

* * *

Cae una hoja. Luego otra. Luego otra. Un clarinero joven ensaya sus primeros vuelos en el gramal del Conacaste. Comienza él a vivir, a buscar un canto, así como yo buscaba una palabra...

* * *

De estas dos cicatrices que aún conservo, la una es ancha y rugosa, la otra fina y apenas visible. Me acuerdo: me negaron la salida en el colegio, un día domingo, porque sí; porque yo era débil. Pero en aquel tiempo, con la fuerza de mis trece años, yo era débil de cuerpo: mi corazón no sufría cadenas. Salté por un tapial cuyos bordes se hallaban cubiertos de polvo y telarañas... y me destrocé la mano. Debajo de las telarañas había desgarrantes y enconados vidrios, trozos de botellas, enterrados ahí para hacer el tapial inaccesible. Fueron a un tiempo nueve heridas, de las cuales hubo que extraer puntas de vidrio, entre la sangre que salía impetuosa.

Muchos años guardé mi rencor al maestro tirano que me impulsó a la rebeldía, y mis dedos, anquilosados mucho tiempo, me incitaban a no olvidar. Sin embargo, olvidé. . .

Será, pues, *mi palabra*, *Olvido*? Quizá esa es la palabra que más dolores me ha curado; pero no me trajo ninguna alegría, no me trajo la paz. Siempre supe olvidar; no hay injuria que yo no olvide, y las heridas que me hacen, huyen de mi memoria como las nubes al soplo del viento. Pero el olvido, si se llevó mis lágrimas, también se llevó mis risas y mis cantos. . .

Y no es así la paz. . .

* * *

Acabo de sentir un escozor intenso debajo del pulgar, en la mano derecha; tanto que me cuesta escribir. Qué es? Una herida diminuta, pero honda. Me la hizo el canto del papel en que escribo, que es agudo y rígido. Es una heridita minúscula, pero dolorosa. No

brotó sangre, y tengo que apretarme fuertemente, para que salgan algunas gotitas. Contemplo esas gotitas rojizas, de un rojo amarillento, que se coagulan en un instante. Pienso en mis días de adolescente, cuando yo me hería con frecuencia las manos, los pies, las piernas, los brazos, el cuello. Cuando yo ascendía a las cumbres más escarpadas, descendía a los barrancos más profundos, y atravesaba —por un capricho, por ver de cerca una mariposa o una flor— los zarzales más espinosos. A cada instante me exponía a rodar en un precipicio, a desgarrarme con las zarzas, a que se rompiera la rama a que me asía, o rodara el guijarro en que asentaba el pie.

Mi vida era entonces, *Valor*... ¿Sería acaso el *Valor*, esa palabra que encerraba la serenidad de mis días y la paz de mis noches?...

* * *

Cae una hoja... luego otra, y otra, y otra... una rama entera ha sido deshojada, y el viento se llevó las hojas arrebatadamente...

Sí, tal vez era el *Valor* mi palabra... Pero ya no tengo valor. El dolor físico, el alarido de mis nervios martirizados por inmensas torturas; el estremecimiento de mis carnes, que tiemblan al solo pensar en mis noches de angustia, me recuerdan que ya perdí el valor...

Me acuerdo que he vivido seis días en un estercolero, aullando de dolor, con mis huesos quebrantados, y sin tener siquiera el tiesto de Job para roer mi podredumbre... No, no quiero más hazañas, ni más aven-

turas. Bien lo dicen mis manos temblorosas y marchitas... ya no hay valor en mí...

*
* *

Se está ocultando el Sol, y ya no hay luz para escribir.

¿Cuál será mi palabra?

Mañana, ¿podré venir otra vez, a este gramal, a sondear los rincones de mi corazón, a ver si encuentro mi palabra?

¿Y qué será de mí, si no la encuentro, ahora que más la necesito?

* * *

Se va el Sol... debo irme.

Los clarineros, que rasgan a cada instante el aire con sus agudos trinos, me invitan a quedarme. ¡Qué vigor, qué esperanza y qué fe hay en el canto de estos pájaros! Son dianas resonantes y penetrantes, como si cada nota cantara una victoria.

Así cantaba yo a mis veinte años, cuando cualquier dolor se me cristalizaba en un triunfo, y en una ansiedad de desafiar otra vez el dolor, para vencerlo una vez más!...

Son pájaros niños!... se adivina bien en su canto!

El Sol descende y los pájaros redoblan sus quejas, diciendo adiós a los celajes moribundos. No había notado antes —yo que tanto he oído a los pájaros—, la prisa, el énfasis, el arrebató con que cantan al despedirse el Sol. Es canto? ¿Más bien serán gritos desesperados, de quien teme no ver ya nunca la luz que protege la

vida? . . . Lamentos, sin duda. A cada instante son más desgarradores y penetrantes. Son un remedo de alborozo de la mañana; pero, en verdad, lo que traducen es la tristeza del que dice un adiós. . .

—Adiós, no te vayas, no nos abandones! . . . he aquí lo que estoy oyendo en esos cantos de atardecer. . .

¿No es hora de que yo cante así, también? ¿Por ventura habré encontrado mi palabra en ese canto del pájaro, que se cree solitario y abandonado para siempre?

Entonces mi palabra será *Soledad, silencio, obscuridad?*

* * *

Caen las hojas, una a una, rozando melancólicamente el suelo, mientras un pájaro modula, una última vez, su grito lamentable.

Y me voy, yo también, puesto que el Sol se fue. . .

1925.—1º de Diciembre.

EN EL TREN

EN el tren, bajo su blanca toca de lino sutil, asomaba la faz marchita de la hermana.

Las manos recogidas entre los pliegues de la falda, caída la frente, en las sienas un surco de antigua amargura, era como una estatua de la resignación, como una esfinge de la tristeza, silenciosa y tranquila.

Inmóvil, los ojos apagados, fijos en el vacío, estaba allí como alejada de sí misma, sin otro signo de vida que una oscilación pausada y leve sobre el pecho, y el vaivén del crucifijo meciéndose a los tembleteos del carro.

¿Adónde iba? Quién sabe! Lejos, a cualquier parte, a un oscuro y vasto salón, tan oscuro, frío y desolado como el que dejaba tras de sí. A consolar a extraños, a curar llagas y heridas que ella no causó, a llorar por ajenos dolores, a rogar por ajenas culpas, a confortar ajenas esperanzas... mientras que nadie, nadie, ni ella misma, pensaría en sus propios dolores, en sus esperanzas marchitas, en sus antiguos sueños, naufragos desde un día ya muy lejano, muy lejano...

Ahora estaba libre, era suya, podía pensar en sí

misma, llamar a sus ojos el llanto retenido, recordar y soñar . . .

Y mientras vuela el tren por selvas y llanuras, podrá llevar la mano al corazón, a ver si aún late por el amor perdido; tocarse la encanecida y recortada cabellera, a ver si aún guarda el calor de aquellos besos; acariciarse las hundidas mejillas, a ver si alguna huella tienen de cuando fueron rosas vírgenes; contemplarse las manos descarnadas, a ver si todavía en las azules venas se mira a través del cutis marfilino la carrera impetuosa de la cálida sangre.

Ahora es libre, y mientras vuela el tren por selvas y llanuras, murmura conmovida: —¡dulce y abandonada pena mía, estamos solas, ven! aún me queda una lágrima para consolarte, ven, despierta . . .

Pero el dolor, sombrío, silencioso, no respondió a su ruego.

Aquel dolor que viviera en un oscuro rincón de su pecho tantos años, sin que ella le diera ni un suspiro; aquel pobre dolor huérfano que tantos años pasara aguardando su hora, que oyó tantas plegarias y vio correr tantas lágrimas para aliviar a extraños, permaneció callado, inerte, con las alas entumecidas . . .

Y en la faz marchita de la hermana no se vio el fuego de la emoción ansiada, ni humedeció sus ojos el llanto, ni se alteró la suave y pausada oscilación de su pecho.

Y mientras el tren volaba por selvas y llanuras, en plena libertad, en el olvido de la carrera vertiginosa, en el frescor del aire rasgado que azota y acaricia, ante el desfile fugaz de los árboles, de los pájaros, de los ríos, de los montes y de las nubes; en medio de aquella embriaguez de vida y movimiento . . . la hermana si-

guió como una esfinge de la tristeza... silenciosa y
tranquila... los ojos apagados... las manos recogidas...
inclinada la frente bajo su blanca toca de lino
sutil.

AÑO NUEVO

EL Año Nuevo! . . .

Se apodera de mí una extraña emoción . . .

La Tierra viene de concluir fielmente, dócilmente, un círculo más en torno del Sol, que la bañó en su luz y la impregnó de todos sus poderosos flúidos, para que ella, a su vez, diera vida y alegría a las innumerables criaturas que lleva en su regazo. Con docilidad y sumisión, ¡como ya tantas veces!, trazó su estela inmensa alrededor de su dios y señor.

Ahora comienza un nuevo giro, dócil, sumisa y amorosamente, como lo haría una regocijada mariposa que por primera vez rondara en torno de un fanal . . .

Y yo?

¿Cómo describí este círculo del año que acaba de morir? ¿Cómo andan mis alas y mi espíritu, al comenzar la estela del año que viene de nacer? Fui dócil yo también, y sumiso, y fiel, y esparcí vida y alegría, graciosamente, así como la recibí del Ser Divino que con su luz me hace vivir? . . .

Aún le quedan a esta mariposa del Ether millones de círculos que trazar, y si alguna vez sufriera una

ligera desviación, mil y mil veces pudiera remediarla...

Y yo?... ¿cuántos años me quedan para volverme íntegramente dócil, sumiso y fiel? ¿Alcanzaré, siquiera, a describir entero este círculo que ahora comienzo? Y no daré, una vez más, a las almas que en torno de mí giran, en vez de miel acíbar? Una vez más disiparé mi tiempo, atediaré mi vida, hundiré en las tinieblas la luz interna que me guía, y atrofiaré las alas de mi espíritu?

Año nuevo! año último, quizá?... ¿Y seguiré como hasta hoy, y moriré como he vivido? ¿Y todos mis sueños y anhelos, y todos mis arranques en busca de la luz, serán otros inútiles esfuerzos, para caer vencido, ¡como ya tantas veces!, diciéndome desesperadamente: quimera... ilusión?...

Año nuevo... Si pudiera nacer de nuevo, ahora que se inicia este minuto, que es el primer vagido del año que comienza...

Nacer de nuevo... ¡Qué revelación y qué hondura hay en estas palabras: Nacer de nuevo!...

Hay que nacer de nuevo, sugirió Jesús al docto y petrificado fariseo que le interrogaba sobre los misterios de su doctrina y de su reino. Sí, hay que nacer de nuevo; quemar en una hoguera intensa la costra gruesa y dura del hombre artificioso que se ha formado en ti. Quemarlo todo, sin miedo, sin vacilación, sin lástima ni conmiseración ninguna a todas las mentiras que has adorado y temido, creyendo que eran la Verdad.

Quemarlo todo... reducirlo todo a cenizas, y que el viento del Olvido se lo lleve, y lo disperse y lo desvanezca en el abismo de las palabras engañosas...

Ahora, la Tierra, como una mariposa recién emergida del capullo en que tejó su nueva vida, se lanza regocijada y pura en torno del Sol, para embriagarse, una vez más, de su luz y su amor. . .

Y yo?

Año nuevo! . . .

Nacer de nuevo! . . .

LA PRIMERA PIEDRA

EL pecado del hombre es siempre colectivo. Sea quienquiera el pecador y su pecado, con él pecamos todos; pues ni se formó, ni vive solo.

A través de la sangre heredó locura, o debilidad, o enfermedad, o impureza, que le habían de conducir al pecado. El hambre, la injusticia, la miseria, el desamparo, la ignorancia, el ejemplo, el menosprecio, le indujeron a pecar. El orgullo y la impunidad de otros, le alentaron en el camino del pecado. Los libros, los cuadros, el escándalo, la conversación, el ocio, la incompreensión, le incitaron a delinquir. Todos los hombres y todos los errores de los hombres, fueron raíces y estímulos de su pecado.

Así, ¡oh tú que sentencias, no extremes la severidad en la pena, ni cargues sobre los hombros de un triste pecador la cruz que deberíamos llevar entre todos!

Esto enseñó Jesús cuando falló en el juicio contra la Adúltera: *"que el que esté sin pecado* (es decir,

aquel que no tenga ninguna participación en su pecado), *le arroje la primera piedra*'.

Fácil es sentenciar a muerte o a prisión perpetua a un criminal. ¿Pero es justo?

OMAR

OMAR, Califa de mirada profunda, te alabo sobre todos los hombres. Tú viste hace mil trescientos años la enfermedad que había de matarnos o enloquecernos. Tú adivinaste que el hombre no puede vivir de teorías sino de amor. Tú viste que la especulación mata la vida, y que el abstraer continuo reseca el corazón.

¡Quién pudiera otra vez hallar como tú hallaste, juntos y hacinados todos los devaneos de la mente humana, todos los libros surgidos de la locura, del tedio y del miedo, y arrimarles la tea salvadora, y reducir a cenizas el pecado y la ley, el ayer muerto y el futuro vano, el culto a Satán y a Moloch, el temor del infierno y la ansiedad del cielo. Y quedar libres, libres de Roma y de Babilonia, de Salomón y David, de César y de Alejandro: del derecho y del deber; de la ciudad y de la patria; del arte absurdo y de la ciencia mentirosa. Y olvidarlo todo, todo; y no volver a pensar nunca en Moisés ni en Licurgo, ni en los estoicos ni en los epicúreos, ni en los sistemas filosóficos, ni en los misterios; y quebrar y aventar los códigos, y las

ficciones todas del honor, de la propiedad, de la tradición, de la patria, del Estado; y que se borrarán del corazón del hombre el pensamiento de ultratumba y la inquietud atenaceante de ser perfecto; y que volviera a ignorar, desnudo, su cuerpo y su alma, que existen la malicia y el pecado; y nos sintiéramos, una vez más, sencillos e ingenuos, en presencia de la naturaleza; frente a las grandes y poderosas realidades del mar, de la montaña y del desierto; frente a la belleza de las nubes calladas, y de las aguas susurrantes. . . y que en recompensa de cien mil años de dolor, en recompensa de cien mil años de temor y de locura y de sangre y de odio, que son nuestro calvario inmenso, se nos diera que sólo quedara en nuestro corazón una flor entreabierta, sonrosada y leve y fragante, que se llamaría piedad, y una nube tenue y dorada y luminosa, que se llamaría belleza.

EN LA PLAYA IGNORADA

(NOCTURNO)

EN la playa ignorada, sobre el rugoso tronco de un árbol que nunca más veremos, reclinaste aquel día tu cabeza gentil. La ruda corteza no ha de olvidar la caricia tibia de tus cabellos... y yo no olvidaré jamás que tus dedos finos y sonrosados peinaban los míos, como un desfile de palomas blancas internándose por un zarzal.

En la playa ignorada, sobre el rugoso tronco de un árbol que nunca más veremos, tu mano blanca y suave cortó la flor brillante de una extraña parásita. Llévemola, dijiste, y besándola, la acercaste luego a mis labios. En ella quedaron nuestros besos... mas ¿dónde están, ahora, que la ausencia y el tiempo han consumido sus pétalos de oro?

En la playa ignorada, sobre el rugoso tronco de un árbol que nunca más veremos, grabaste unas cifras que decían mi nombre. Debajo escribí yo la música del tuyo. La ruda corteza guardará todavía nuestros nombres... pero mis ojos, ya nunca los verán!

En la playa ignorada, tras del rugoso tronco de un árbol que nunca más veremos, te escondiste a escuchar

los trinos de un cenizote que llamaba a su amada. Los lirios de tu mano cerraron mis labios, mientras con la otra señalabas un nido. . .

Tal vez, en este instante, escucha el árbol los trinos del pájaro feliz. Y yo oigo, no más, extrañas voces, extrañas voces que nada dicen a mi alma.

En la playa ignorada, bajo la copa umbría de un árbol que nunca más veremos, largas horas pasamos mirando las adormidas ondas. . .

Lejos, la palidez celeste de las aguas bordaban con un diáfano encaje los montes de la escarpada orilla. ¡Mira, dijiste —asomada a tus ojos toda el alma—, que guarden para siempre tus pupilas la imagen de ese cuadro! . . .

Tu dulce mano blanca temblaba entre las mías como una avechilla temerosa, y una lágrima que rodó de tus ojos se fue a perder en las adormidas ondas. . .

Y ahora, yo estoy aquí, ¡tan solo!, y mi cabeza dolorida quisiera inclinarse una vez más en el rugoso tronco, y mis cansados ojos quisieran dormir su último sueño, bajo la copa umbría, en la playa ignorada. . . en la playa ignorada que nunca más veremos. . .

VOCES INTERNAS

ALGUNA vez, en el momento de perderse mi espíritu en las sombras del sueño, la razón vigilante y el orgullo suspicaz se descuidan, y un suspiro se escapa entonces de mi pecho: una queja, la más triste queja que mis oídos escucharon.

Yo despierto azorado, y me pregunto: ¿quién se queja?...

Y una tímida voz responde, con el acento de un esclavo que huye:

—Era yo...

Yo?...

Después, las horas silenciosas de la noche se me van, pensando en esa voz, en ese gemido que sale quién sabe de qué rincón de mi alma...

Llamo a todas las puertas de ese laberinto, y pregunto: ¿quién está ahí?

Nadie responde; las sombras y las luces de mi alma duermen, o están lejos.

Vuelvo a mí mismo, a la vida real y serena, pero el eco de aquel suspiro no me deja, y algo como el

leve roce de una falda o el tenue rasar de un ala, me dice: —alguno vive ahí. . .

Alguno. . . acaso muchos que velan y se agitan, mientras tú duermes y olvidas.

Quién será? . . .

Tal vez mi cuerpo, esclavo quebrantado bajo el peso de mis preocupaciones, de mis locos ensueños, de mis vanos deseos.

Dirá él en esa queja: yo nací para una vida libre, sana y tranquila: yo nací para el aire, como los pájaros; para la luz, como las flores; para el andar ligero, como el ciervo; para el trabajo inagitado, como el buey. Y me has hecho correr tras de la gloria, del amor insereño, del saber insaciable, del análisis que todo lo marcha.

¿Será, tal vez, el fantasma de mi alma niña, aquella que fue buena como una corderita, blanca como una garza, dulce como una tórtola? ¿Serán las quejas de aquellas ilusiones, de aquellos pensamientos, de aquellos sueños tan nobles y tan puros, ahogados por la vida?

¿O acaso las almas que a mi contacto se nublaron, aquellas en que vertí la hiel de la primera herida y el veneno del primer desengaño?

Sencillos corazones que por mí palpitaron, y que yo amé un instante o fingí amar —¿no viven ahí, tímidos y callados, como un perro fiel que vela el sueño de su amo, lamiendo la mano que le ha herido?

¿Por ventura es la voz de un alma que jamás conocí, de un corazón que es mío sin que yo lo adivine, y que viene a suspirar a mi oído su amor sin esperanza?

¿O es, en fin, mi propio espíritu, hastiado del ayer, inquieto del mañana, que dice en ese instante de reposo y de olvido: ¡si ya no despertara!. . .

Quién será?

UNA PERLA

CUANTO tiempo estuvo aquella perla, escondida en el fondo del mar?

¿Cuánto tiempo vivió de sí misma —como el sol, y las rosas, y el ruiseñor— ignorada y feliz, oscura y satisfecha, cantando sin palabras la canción íntima de la más honda música; como una flor silvestre cuyo aroma sólo conocen las mariposas y los pájaros?

El azar desprendió la concha de la roca nativa, y la perla, todavía en su relicario de nácar, vino a irisar la luz del sol; y entonces las admiradas gentes vieron que aquélla *era una perla*. No una piedra relumbradora y ostentosa, hecha de vidrio y de réclame, de sugestión y moda, brillante a fuerza de lima y de artificio. . . sino *una perla!*

Realmente, una hija de la onda y de la luz; de la espuma y de la rosa; del silencio y del tiempo. Sencilla y perfecta, tenue y firme, apacible y profunda. . . una perla, en verdad!

PANTHEOS

UNA vez que he penetrado en los dos infinitos; una vez que he visto, arriba la polvareda de los astros, mundos en que se mueven innúmeras humanidades; abajo, la gota-océano, la gota de agua en que se agita el torbellino de los imperceptibles, no me queda más que morir, desvanecerme quebrantado por la pesadumbre abrumadora de la vida. Empero, si tales pensamientos pueden bullir en mi cabeza sin romperla, es que yo también soy un astro, que yo también soy luz. Entonces, espero, aguardo a que la temblante aurora de mi alma se extinga por sí misma; a que la sombra sin límites en que se pierden todos los resplandores, corra su velo sobre mi débil claridad.

HAZME SUAVE EL INSTANTE

HAZME suave el instante. Mañana, esta noche tal vez, he de partir.

Y será para ya no volver... Para ya no volver jamás... jamás...

Pasarán milenios y edades y eternidades, y yo no volveré.

Rodaremos de mundo en mundo por toda la inmensidad de los cielos, y no volveremos a encontrarnos. Y aun si nos encontráramos aquí mismo, una y otra vez, no sabrás quién yo soy, ni yo te reconoceré.

Porque sólo se encuentran los que se compenetran: los que vencieron la barrera de la separación; los que se adivinaron, y sacrificaron, *uno en aras del otro*, los mil egoísmos del ser.

Por eso, hazme suave el instante: porque una vez yo muera; una vez la primera palada de tierra caiga sobre mi féretro, ya nada servirá que me llores y que te lamentes de no haberme endulzado el amargo vivir.

Ahora, ahora que vivo o padezco, todo es hiel o miel para mi alma. Una sonrisa, una palabra, una mirada, un simple gesto cordial, es medicina y alivio

para mi atribulado corazón. Después, ya perdido en las tinieblas del sepulcro, nada me servirá.

Ahora me puedes dar amor. Después, sólo palabras vanas y lágrimas tardías.

Por eso, hazme suave el instante; hazme suave el instante, si es que sientes deseos de endulzarme el amargo vivir.

Después, qué? . . . Qué haré yo con tus negros vestidos y tu semblante contristado? ¿De qué me servirá que suspires, y descubras en mí cien virtudes y gracias que antes no conociste? ¿De qué me servirá que enaltezas mi nombre y te abismes en la contemplación de mi ser?

¿Fui bueno, malo, cariñoso, áspero, cordial o incomprendible? Fui . . . ya no soy . . . Ahora soy, no más, una sombra, un nombre, nada. Ahora, que me recuerdes o me olvides, es igual, y todos tus lamentos los cambiaría yo por una sola suavidad que me hicieras cuando yo aún existía.

Por eso, hazme suave el instante, este instante que es la realidad, la sola y accesible realidad.

Si nos separamos sin fundirnos, ya nunca más nos hallaremos. Porque tendremos que aprender una lección distinta de la vida. El Destino arrastrará a cada uno a expiar y aprender la lección que no logró aprender, y la culpa que no alcanzara a expiar. Un huracán dispersará nuestras almas, y un foso inmenso dividirá nuestras vidas.

Acaso andaremos el uno junto al otro, sin sospechar que un tiempo nos amamos, o creímos amarnos. Y por no haber sabido amarnos, porque todo no era sino egoísmo y vanidad, andaremos extraños el uno junto

al otro. Y ya nunca sabremos quién es ni adónde fue aquel a quien no supimos amar!

Por eso, hazme suave el instante, este instante, este único instante en que tu corazón puede aislarme de la eternidad.

Sí, hazme suave el instante . . .

DESCANSO

EN verdad, apenas sabemos cuántas, qué difíciles condiciones se requieren para descansar. Cristo pudo añadir a las Bienaventuranzas esta otra: ¡Bienaventurados los que reposan, porque ellos verán renacer la esperanza!

Porque no basta dejar el trabajo, ni ser dueño de ir por donde uno quiera, ni contar con lo necesario y lo superfluo, ni hallarse rodeado de servidores celosos y obedientes, ni estar libres de obligaciones. . .

Ni siquiera el sueño asegura el descanso; pues las pesadillas vienen, y nos horrorizan, y se ahoga uno, y enloquece, paralizado y mudo, hasta que ¡oh Dios! despierta, dando infinitas gracias de que todo fue un sueño. . .

¿Sé yo qué es descansar?

En sueños he sufrido lo que jamás imaginé sufrir despierto. Soñando me mataron, en combate sangriento. Soñando me ahogué. . . fui bajando, bajando, forcejeando por asirme a las aguas fugaces e inasibles, y el agua traidora que se escapaba de mis manos y se escurría bajo mis pies, forzaba mi boca, y me atragan-

taba y sofocaba, y el bendito aire de Dios se me iba para siempre. . .

En sueños fui asaltado y asesinado; me asfixié en un incendio; maté yo mismo a un hombre; me volví loco una vez, y disparé en las sombras, sobre las gentes despavoridas, que escapaban gritando: ¡Al loco, al loco!

Y en sueños fue. . . cómo decirlo? En sueños fui sentenciado a muerte, puesto en capilla, y me dieron una hora, *una hora última y única*, para implorar a Dios el perdón de mi crimen. . .! Y yo no había cometido ningún crimen. . .! ninguno. . .! y me daba cuenta de que jamás, *jamás* los hombres llegarían a sospechar que me habían condenado erradamente, acusado por mil apariencias fatales. . . Aquella hora! aquella hora!

Otras veces mis pesadillas no fueron terroríficas sino asquerosas. No hay hedor, no hay viscosidad, no hay putrefacción, no hay fangosidad, ni ranciedad húmeda y pastosa, ni miasma espeso y nauseabundo, ni vaho horripilante y pegajoso, que yo no haya conocido en mis sueños. A nadie, acaso, le azotó la Gula con más crueles castigos; a nadie le enseñó con más implacable dureza, que no se debe comer sin hambre, y que el paladar es una maldición. . .

Así, en sueños —cuando uno se imagina que va a estar dulce y profundamente reposado, libre de la memoria y la conciencia—, en sueños es cuando los genios del Terror y del Asco, le hacen bajar a los más negros abismos del vivir. . .

DORMIR

DORMIR bien, dice Nietzsche, es la señal de que se poseen las más altas virtudes.

En verdad, el humilde, el que no guarda su enojo para continuarlo mañana; el que siente que Dios es Padre y que "hasta nuestros cabellos están contados", el que no ambiciona dominar; el que no desea que las gentes le admiren ni le envidien; el que sabe que el mundo reposa en la diestra de *Uno* que sabe por dónde le lleva; el que no se afana por adquirir vana conciencia ni ociosa nombradía; el que *sabe* que todos somos imperfectos y flacos; duermen bien. Esos, al final del día, hecha su oración al Señor; con o sin palabras, se van a dormir, y duermen con todo el anhelo del cuerpo fatigado, como una piedra que rodó monte abajo, y llegada a la falda, se queda inmóvil para cientos de años...

CANCION

EL hombre puede crear, lo mismo que un Dios. Todo consiste en descubrir el procedimiento, en comprenderlo claramente, y en aplicarlo con intenso querer.

La primera faz de la creación, es el deseo ferviente de ver realizada la cosa que se anhela.

La segunda, es idear con precisión, claridad y sencillez la cosa anhelada, de tal manera que sea visible a la fantasía.

La tercera es vivificarla con la voluntad, *afirmar* su existencia, querer con insistencia y fuerza que se materialice. Entonces la cosa irá manifestándose por sí misma, *por la eficacia de su propia virtud*.

Toda idea que se abandona sin haber insistido y persistido en ella, debilita a quien la consiguió. No debe abandonarse sin que, por lo menos, quede hecha una *semilla*, a la cual sólo le faltarán mejores circunstancias para germinar.

Cuanto menos interés egoísta haya en una idea, más fuerza contará para su realización.

Todas las cosas, para incubar, nacer y crecer, ne-

cesitan tiempo. Más las que son más grandes y trascendentes.

Recordad, en los momentos de laxitud y desánimo, que la idea, en sí *misma*, por sí misma, es una criatura viva, que actúa y lucha, aunque se desaliente y deserte aquel que la engendró. Lo que merezca triunfar, triunfará.

LOS MAESTROS

EXCEPCIONALMENTE aparecen aquí, de tarde en tarde, seres superiores, venidos voluntariamente a la Tierra, para ayudar al hombre a encontrar el camino de la liberación.

Son *dioses*, es decir, espíritus de poderosísima inteligencia, de corazón desbordante de amor, de sabiduría profunda, que habitan en astros muy altos, muy luminosos y muy bellos, donde sólo pueden vivir criaturas que son también muy altas, muy luminosas y muy bellas.

Por qué vienen? Porque es una necesidad de su espíritu, compartir y extender su felicidad y su perfección. En ellos, lo mismo que en nosotros, pero en grado incomparablemente mayor, palpita la necesidad de amar, de redimir, de salvar. El deseo más intenso de su corazón es que todas las criaturas se salven, y por eso acuden ahí donde más bajamente han caído éstas, a fin de mostrarles el camino que deben seguir para regenerarse.

Posiblemente esos dioses, que aquí se manifiestan como Redentores, tengan bajo su imperio vastas Sec-

ciones Cómicas, cuya vida espiritual dirigen; son como reyes o, más bien, *padres* de familia de espíritus, esparcidas en diferentes y numerosos astros, cuya evolución sufre trastornos y caídas que exige, para recobrar el equilibrio, ayuda de aquellos que son Sumos Conocedores de la Vida.

La especie humana es, quizá, una de esas familias que habitan en muchos astros, en una escala que sube hasta la jerarquía de los dioses, y baja hasta mundos que son inferiores a la Tierra, habitados por tristes, densas, oscuras y bestiales formas. . . y es un dios, un altísimo dios, quien tiene a su cargo el *gobierno de todos los humanos*, y es él quien envía, de tarde en tarde, Mesías y Redentores, que vienen a librarlos del error y del pecado.

Jesús, habla siempre de un Padre, de Aquel *que le ha enviado*, de Aquel *a quien dará cuenta de su misión*, y a quien le dirá, gozoso, que ninguna de sus ovejas se ha perdido.

¿MADRE NATURALEZA?

NO siempre, y tampoco maestra. La Naturaleza es muchas veces madrastra sin entrañas, o más bien, espectadora indiferente, que mira con sus helados ojos nuestro dolor y nuestras ansias.

¿Y maestra? Sí, de todo: de amor y abnegación a veces, y a veces de crueldad, de inconstancia, de egoísmo, de matanza inútil, de sacrificios innecesarios. Apenas hay un animal, ¡entre tantos!, que no viva del martirio y de la muerte de los demás.

La Naturaleza es un enigma de doble faz; una de luz, y otra de sombra. La Naturaleza no es ley, sino fuerza; la ley (en el Cosmos), es consciente y justa, mientras que la fuerza es inconsciente y amoral.

Todas las religiones lo han adivinado; y quien la toma siempre como guía y la ama siempre como hijo, se expone a que se le desgarre el corazón y se le arruine la conciencia.

Si el hombre ha de ser alguna vez algo más elevado que un cerdo, un mono o un tigre, será porque se emancipe de ese magisterio equívoco y variable de la

Naturaleza, y se sujete al firme y claro del Espíritu interpretado por los grandes Maestros de la Vida.

El hombre ha de estar en acecho en frente de la Naturaleza, y decirle a tiempo: *de aquí no pasarás*. Su misión y su salvación están, no de seguirla a ciegas, sino en corregirla y depurarla, y a veces, en combatirla y extirparla.

La Naturaleza no es el Orden Cósmico, ni el Orden Ideal adivinado por los santos y los poetas; es *la Vida en la Tierra*, plagada de errores y maldades. No es la obra de Dios, sino tal vez, como enseñan las religiones, del Diablo, o acaso, más bien, la Obra Divina, bastardeada por el Genio del Mal.

¿QUIERES SER COMPRENDIDO?

¿AMAMOS porque comprendemos?
No: comprendemos, *porque amamos*.

Comprender, es libertar. Ser libertadas es la aspiración de todas las criaturas. Quien me comprende, me liberta. Estamos presos en *celdas solitarias*, y cada uno suspira por salir de su celda y ser acogido en la de sus hermanos. ¿Pero cómo, si todo nos divide y separa? El idioma, que es el mejor instrumento de comunicación, apenas alcanza a expresarnos con plenitud en las cosas más ordinarias de la vida. Tiene que ser así: hemos construido las palabras con nuestra mente y nuestro corazón, *ya distanciados* de la mente y del corazón de los demás: y por eso, cada uno encuentra en ellas significaciones diferentes y hasta contrarias: ¿Acaso, cuando digo *paz*, suscito la misma impresión en todos los que leen esa palabra? No: los pacíficos la sienten en un grado; los indiferentes, en otro muy menor; los belicosos, no la sienten en ninguna manera; los sanguinarios, sentirán que es una palabra falsa y dañina, y al oírla, se suscitará en ellos el deseo de la contienda.

Así es la palabra, mísero instrumento de comunión;

tan mísero, que muchas veces, más nos divide que nos acerca. . .

¿Y cómo llegaremos, entonces, a la Unificación? Sólo el que renuncia puede romper la barrera que separa las vidas; porque las vidas, son torbellinos de separación. *Yo soy*, quiere decir, yo tengo, yo deseo, yo busco, yo escojo, *yo separo algo, que es sólo para mí*. Ser, es apartarse, es sustraerse algo de los demás. Desde el aire que respiro, hasta el corazón que se me entrega, todo es sustracción al haber común, al Todo, a la Vida Universal.

¿Quieres ser comprendido? Renuncia, despréndete. Entonces, ya no serás obstáculo ni limitación a ninguna vida; entonces te amarán, entonces romperás la celda fatal de tu yo.

Hazte reflejo, pajita en el viento, hoja seca en el suelo, grano de arena en la playa, burbuja en la espuma. Disminúyete, hazte sencillo, desvanécete, y deja pasar encima de ti el turbión de todos los apetitos y de todos los egoísmos. . . Entonces descubrirás las palabras cuyo sentido conocen todas las criaturas. . . entonces te comprenderán. . .

ASI HABRAS DE VIVIR

SERAS como el viento, que canta mientras sopla, y no inquiera "de dónde viene ni para dónde va".

Te contentarás, como el agua que corre, con ser una fuerza sumisa y desprendida.

Como la brisa, que se impregna de la fragancia encontrada al pasar, así disfrutarás de las venturas que te ofrezca la vida: sin apegarte a ellas; sin rehacer tu camino para gustarlas otra vez; sin tristeza por haberlas perdido. Aquellas dichas que a nadie cuesten lágrimas, esos son los fulgores con que has de iluminar las horas grises de tu vida.

Y que te aliente la esperanza de que hay *Ojos que ven* y *Oídos que oyen*, aunque estén más allá de las estrellas; y de que, así como para el agua y para el viento, un día habrá reposo para tu corazón.

LAMATEPEC

(Desde Acajutla)

DE tarde.
Desde el corredor, frente a mi cuarto, mientras el mar susurra sus misteriosas confidencias, contemplo la gran masa del Lamatepec.

Vasta montaña, larga, voluminosa. Montaña patriarcal, de prole dilatada, como aquellos jefes de las tribus hebreas que pactaban con Dios por alcanzar estirpes más numerosas que las arenas del desierto.

Este patriarca de los montes, Lamatepec (Cerro Padre), que decían los indios, con su corona de nubes y su barba caudal de selvas y de bosques, dio de sí. De sus entrañas poderosas fueron surgiendo, por el cráter inmenso, arroyos, torrentes, ríos, lagos, mares de lava, que el tiempo fue cortando, desmenuzando, uniendo, compactando, fertilizando y extendiendo en dirección del mar, hasta levantar el terreno en gradual y suave declive de diez leguas de anchura, a cuyos bordes viene a destrenzarse la cabellera de las olas.

Después, de siglo en siglo, un milenio tras otro, nuevos alumbramientos, nuevas erupciones se escalonaron sobre sus faldas, formando terrazas y galerías

anchurosas, que son como una escalinata para subir los dioses. Y sobre tales graderías, el viento, el sol, el sismo, el agua, la lluvia de veinte mil años, tallaron a su arbitrio en raras formas esculturales, mesetas, colinas, barrancas, surcos, quiebras, saltos y hondonadas, por donde los torrentes se descuelgan y se arrastra la marejada de los aluviones invasores.

Y así fue, de milenio en milenio, la montaña prolífica, perennemente encinta, en un alumbramiento perpetuo, construyendo la costa en un espacio de dos mil kilómetros cuadrados arrebatados al océano, que desde entonces amenaza vengarse, golpeando y rebramando sobre la playa que le sirve de muro.

Después, todavía, como si fuera su fecundidad inagotable, como si su potencia engendradora se hallara todavía virgen, brotaron de sus flancos, montes, cerros y conos: el Pico del Aguila, el Pico Los Naranjos, el San Marcelino, y otros y otros más, hasta el advenimiento del Benjamín, alborotador y mimado: el Izalco, que ya sobrecoge a las gentes con sus rugidos de cachorro, y enrojece la espuma de las olas con el reflejo de sus crenchas de fuego.

Llanuras, bosques, selvas, terrazas, montes y volcanes, todo surgió de ahí, en descendencia milenaria, de sus entrañas profundas, de sus senos inescrutables, donde todavía... quién sabe? un nuevo feto va incubándose...

Así fue como el Lamatepec cumplió sumiso y dócil, su misión de formar continente, de forjar y edificar la tierra, sobre la cual nosotros, presumidos insectos, nos agitamos en nuestros míseros afanes.

El gran cráter es ahora un ojo titánico, en cuyo fondo inaccesible, una glauca pupila (una laguna

límpida y dormida), parece interrogar al Firmamento, como un niño que al finar su trabajo pregunta a su madre: ¿Está bien así?

Y mientras llega la respuesta de Dios, la vasta montaña, cansada, reposa . . . dormita, duerme, sueña . . .

EGOISMO Y DOLOR

HAY buen dolor, y mal dolor.

El que es desgraciado *en sí*, es ciego, y no recobrará la visión mientras no transporte su dolor a un plano más alto y más extenso. ¿De qué viene el egoísmo? De que uno es demasiado sensible al sufrimiento personal; de que uno sufre *por su propio dolor*. El que ha renunciado a su yo, el que se ha *desprendido* de sí mismo, ya no puede sufrir *sino por los demás*. Cuanto más impersonal sea el dolor, cuanto más abarque, más puro será, y menos ceguera traerá para la mente; hasta que lleguemos a un punto en que nuestro sufrir ya no será el *nuestro*, sino el *de todos*, de Todo; y entonces, *con el dolor vendrá la paz*.

Mas, aun este dolor impersonal ha de ser regido por nuestra voluntad, a fin de que no perturbe nuestra acción; pues si nos dejamos dominar por él, ya no podremos actuar. Entonces, hemos de considerar el sufrir como una disciplina *necesaria*; como un ejercicio indispensable para ver y comprender la vida de las demás criaturas. A cierta hora, en ciertos días, así como el creyente se va al templo, yo me internaré en mi

corazón, descolgaré el cilicio y el ramal, y me flagelaré, para abrirle a mi alma los ojos empañados. Traeré a mi consideración el inmenso dolor de la vida: de los hombres, de los pájaros, de los reptiles, de las plantas; lloraré por los malvados y por los buenos, por los humildes y por los soberbios, por las víctimas y por los verdugos, por los miserables y por los opulentos, por los que saben y por los que ignoran: me anegaré en dolor, me saturaré de dolor, y cargaré sobre mis hombros la cruz inmensa del vivir.

Después, guardaré el cilicio y las espinas, serenaré mi alma, y volveré a la vida, y sonreiré a la vida, para que mi visión sea diáfana, y mi voluntad, libre, pueda inquirir y remediar. . .

PURIFICACION DE LA MENTE

LO primero será poner la mente en orden, clasificando *lo que se sabe, lo que es probable, lo que es posible*. Posible llamo a lo que se puede concebir sin repugnancia del corazón y del entendimiento.

Doy como *sabidas*, las cosas que son afirmadas en nosotros por el entendimiento, por el corazón, por el instinto y por la intuición. De estas cosas que cada uno sabe, se compone *su mundo*, y dentro de ese medio se mueve y desarrolla *su deber*. Se trata de cosas *afirmadas*, es decir, constantes, arraigadas, vistas con entera claridad.

Verdaderamente *se sabe*, aquello que afirman en nosotros sin discordancia, el instinto, el corazón, la intuición y el entendimiento. Si uno de ellos se calla, se abstiene, mi certeza es aún válida; si uno de ellos protesta, ya no hay certeza; si todos afirman, estoy en la evidencia. El instinto es la voz del cuerpo; el corazón, es la voz del alma; el entendimiento, es la voz de la mente; la intuición, es la voz del espíritu. Si fuéramos puros, bastaría la intuición para fundamentar la certeza, puesto que el espíritu es omnisciente; mas,

a causa de nuestra impureza, rara vez nos habla la intuición o creemos tales, las sugerencias de nuestro interés o de nuestro deseo.

Aquel que verdaderamente anhele conocer, ha de asentarse sobre el *desprendimiento*. Si el odio, si el deseo, si el interés personal, de familia, de grupo, de secta, de casta, de raza, de nacionalidad, generan en mí el anhelo de que la verdad que busco se conforme con mi querer, entonces la verdad se alejará de mí. Más lejos estaré de la verdad, cuanto más cerca esté de *mí mismo*; más dentro de aquélla, cuanto más fuera y alejado de *mí*. *Desprenderse, renunciar*, es el camino de toda la verdad.

La mente es un muy diáfano cristal que de todo se empaña, y ya empañada, no ve, o deforma lo que ve. Así, para llegar a la certeza, he menester diafanizar mi cristal. La tristeza lo empaña; el odio lo oscurece; el interés, la pasión, el dolor, el cansancio, la embriaguez, lo nublan; el bullicio, el afán, la inquietud, el temor, la preocupación, todo aquello que nos encadena al *yo*, que nos circunscribe y nos limita, empaña el cristal de la mente, y nubla nuestra visión de lo real. *Serenidad* es la clave del *conocimiento*; serenidad, apacible alegría, en que el ánimo se transfunde en el alma de todas las cosas, y no aspira sino a ver la luz. . . Cuando la mente alcanza esta plenitud, entonces el velo se descorre, la luz inunda el templo, y la Verdad desnuda, se ofrece a nuestros ojos, blanca y tersa como rosa de nieve que se abrió a las caricias del Sol.

¿QUIEN?

NOS traen el retrato de un ahogado. Un buzo, bajando por ahí en componer una boya, o en otra cualquier faena durísima que le impusiera la tiranía de la vida, bajó hasta el fondo del mar y encontró el cadáver.

No tenía éste ningún peso, ni estaba detenido allí por nada. ¿Cómo no flotaba?, ¿cómo permanecía rígidamente acostado sobre aquel lecho desconocido y donde acaso pensó que nadie iría a perturbar su sueño?

¿Algún dolor muy grande, alguna mancha insoportable, algún tedio infinito pesaban sobre su corazón, y le retuvieron ahí, a todos escondido, libre ya de todos, menos de su propio pensamiento?

¿Por qué hado inexorable, ese buzo que buscaba su vida ejerciendo su triste oficio, fue a dar con él, y le trajo otra vez entre los vivos?

Los vivos... nada tenía que hacer con ellos. No le conocen ahora muerto, pues menos le conocieron cuando vivía.

No, nadie lo conoció; nadie supo adivinar en su semblante el dolor, la miseria, el hastío o el remordi-

miento; nadie adivinó en su sonrisa o en sus ojos, que había llegado el instante en que todo hombre necesita un hermano que le dé pan, luz o consuelo. Ah!, con qué ansia buscaría él a ese hermano. . . Pasaría entre la muchedumbre, espiando las sonrisas y las miradas; queriendo leer en los semblantes serenos o en las frentes adustas, cuál era el que sabía comprenderle y adivinarle. . . Pasarían a su lado centenares y millares de hombres, impenetrables, y él, tímido y acongojado, no pudo saber quién entre tantos, llevaba en el pecho un corazón. . .

¿Era de aquí o extranjero?

¿Se llevó consigo un amor o un crimen? ¿Tal vez sería un loco? No se sabe; le han expuesto en la Morgue, le han retratado, pero su imagen calla, lo mismo que su voz. Nada podemos hacer por él, ni pronunciar siquiera su ignorado nombre.

Dios había querido que fuera un semejante nuestro, un hermano; mas nosotros hemos arreglado la existencia de tal manera, que ya no hay lazo que nos ligue.

De ese hombre no sabemos sino que un buzo le trajo desde el fondo del mar, y que está aquí, otra vez, extraño, desconocido, olvidado, como antes de morir.

¿Entonces para qué murió?

Valparaíso, 1903.

(Del libro *Recortes*)

Recuerdos de Chile

A UNA NIÑA QUE QUIERE SER POETA

SAMUELITO LILLO, poeta chileno, tenía una perlita de cinco años, María, dulce por su nombre, y por su alma. Una mañana le preguntamos Isaías Gamboa y yo, qué deseaba ser, y respondió: "Yo quiero ser poeta".

De estas palabras nació este cuentecito:

* * *

Los búcaros llegaban siempre con las primeras lluvias.

Búcaros son, María, unos grandes lirios rojos que brillan entre largas y oscuras hojas verdes. Son muy amigos de los colibríes, y el sol se cuida de pintarlos cada mañana, hasta dejarlos como flores de llamas.

Pues bien, apenas los búcaros abrían sus primeras flores, ya estaba ahí la arañita de patitas ligeras, a tender su red entre dos pétalos.

Uno a uno los hilos de oro salían de su cuerpecito; dejaba aquí un puente de luz, tendía más allá un arco sutil y tembloroso; enlazaba como una malla irisada los

movibles cables; trazaba festones circulares con rayitos de sol, y la red iba creciendo, creciendo, mientras la pobre tejedora se iba quedando muy delgada, hasta que desfallecida y casi moribunda dejábase caer al medio de la canastilla, donde figuraba una manchita negra sobre una rosa de oro.

Pues bien, amiguita, sucedía frecuentemente que apenas terminada la red, pasaban por ahí los carreteros, yendo a su trabajo, y de intención o de torpeza rompían la casita de la araña, tal vez antes de que la pobrecita hubiera cazado un mosquito.

Entonces la paciente hilandera recomenzaba su tarea. De su cuerpecito salían nuevos hilos, sutilísimos, casi; los últimos, tejidos por ventura con las propias fibras de su corazoncito.

¿Arañita —le pregunté una vez—, por qué no haces tu casa en otra parte? En un rincón del techo o encima del viejo armario de la cocina, prendes en un instante los hilos, y verás cómo llegan las moscas. Si quieres yo mismo te llevaré, y vivirás contenta.

La arañita no contestó. En ese momento un hilo dorado y luminoso corría tras de ella festoneando la red; los pétalos del búcaro llameaban al sol; la brisa que llegaba esparciendo rumores y fragancias meció levemente las flores, y la casita de la araña brilló con el incendio del arco-iris.

¿Ves? me dijo; por eso no me quiero ir. Porque allá en la cocina no hay luz, ni flores olorosas. Porque yo quiero vivir como poeta. . .

COLOQUIO DEL ENFERMO Y LA NUBE

(**E**L enfermo, callado e inmóvil, toma el sol, y se distrae contemplando el vaivén de las nubes).

Esta nubecita blanca, leve y grácil, que va y viene por el aire azul, como una plumilla desprendida de las alas del Sol, se detiene sobre mí, y me dice con todo el reproche:

—Van tres días que paso por aquí, a esta misma hora, y siempre le veo a usted ahí, echado en ese canapé, inmóvil, de cara al cielo, inerte como si fuera un haz de leña. ¿No le da vergüenza?

—Sí nubecita: me da vergüenza, envidia y tristeza. Pero no me reprendas; pregúntale a tu padre el viento quién fui yo, y te contará que no hubo cima de montaña a que mis pies no se atrevieran; que rara vez la Aurora se alzó sin que yo le viera despertarse; que el Mar me confió muchos secretos de sus riberas y de sus lejanías; que el Sol no se ocultaba sin que yo, de pie sobre las risueñas colinas, viera plegarse sus alas encendidas.

Dudo que con tus alas vayas tan lejos como yo

con mis pies, ni tan alto como alguna vez se alzó mi corazón.

—Sí. ¿Y porqué ahora no se mueve? ¿No ve que se va a enmohecer y a paralizar? ¿Por qué no viene conmigo?

—¿Y a dónde vas tú ahora, nubecita?

—Voy allá, donde se ve aquella montaña alta, allá en la más alta cresta de Los Andes.

—¿Y a qué vas? ¿A pasear?

—¿A pasear? Vaya. ¿Usted cree que yo vivo de ociosa? ¿No ha visto que paso todos los días a esta misma hora? Hago un viaje redondo, desde el mar, desde bien adentro del mar, donde empapo en agua mis cabellos, hasta la cima de la montaña, donde los enjugo. Con el agua que llevo así, se alimentan unas florecitas silvestres, que sin eso se marchitarían; porque allá no hay ríos, sólo rocas y piedras desoladas.

—¿Y quién las sembró allá?

—Un pájaro dejó caer la semilla en el hueco de una gran piedra; luego llevó la Brisa un poquito de tierra, y yo he cogido el cargo de regarlas. Pero sepa Ud. que es un viaje penoso; es cosa de volar cada día nueve o diez horas.

—¿Y a qué horas piensas que llegarás?

—Este día tengo que forzar el vuelo; he de llegar a las cinco y media de la tarde, en punto; regar mis flores y luego vestirme de fiesta.

—¿Con que vas de fiesta, nubecita? ¿Y se puede saber?...

—Sí, señor. El Sol nos tiene invitadas a varias amigas, para una exhibición de celajes. Ha de ser algo

muy lindo. Al final, ha ofrecido coronarnos con una guirnalda de flores de luz, de las que más le agraden a cada una.

—¿Y cuáles vas a elegir tú?

—Pues no sé todavía. ¿Qué le parece? ¿Me irán mejor unas rosas de oro, unas violetas de amatista, o unos cardos de zafiro?

—Para tu veste blanca y tu frente de nieve y tus cabellos de oro, gentil nubecita, yo escogería unos cardos celestes...

—¿Verdad? Creo que me vendrán muy bien; lástima que no venga usted y me viera. Con sólo subir a esas colinas próximas, en el arranque de la montaña, vería usted la fiesta. Le encantaría de seguro...

—Sí, y más que todo, verte a ti, con tu guirnalda celeste... pero... no puedo andar y además, tengo que hacer aquí un trabajo que nadie sino yo lo ha de hacer.

—¿Usted?

—Yo, nubecita.

—Sí, estarse ahí echado, como si fuera un haz de leña o un muñeco de paja. El oficio de todos los días...

—Precisamente.

—¿Y a eso llama trabajar? ¿No le da vergüenza?

—Es que mi trabajo no requiere movimiento ninguno.

—¿Pues qué?

—Paciencia.

—Paciencia. ¿Qué cosa es?...

- Es lo que sirve para sufrir: es una forma de valor.
- No conozco. . .
- Oye, nubecita: ¿nunca te ha sorprendido una tempestad y te ha estrellado contra la cima de un monte, desgarrándote en las aristas de una roca?
- ¡Oh, sí! ¡Y era tan terrible, terrible!
- ¿Y qué hiciste entonces?
- ¿Qué había de hacer? Gritar, llorar de dolor y de miedo. Daba cada grito que se oía por la montaña.
- Pues bien, yo también fui sorprendido por una tempestad y todas mis carnes han sido desgarradas y mis huesos quebrantados. . . y si me quejara, se oirían mis gritos más allá de la montaña y del mar. . . Pero no me quejo. . .
- ¿Pues qué hace?
- Sufrir, callar y sonreír.
- ¿Y espera curarse no quejándose?
- Espero, sí.

ESPUMAS EN LA ONDA

TODOS los dolores, dice Budha, nos vienen de los otros. Así, no pidas nada a los demás; no esperes nada de ellos; si es posible, no recibas nada de ellos.

¿Por qué, en vez de ser un satélite, que sólo brilla de la luz que le prestan, no has de ser una estrella, una estrella no, pero sí una luciérnaga, que vive de su propia luz?



¡Qué sencillo es el pájaro!... De cualquier cosa vive... en cualquiera ramita se posa... con un rayo de sol se calienta y bajo una hojita encuentra sombra...

¡Por eso es tan libre! Por eso puede entregarse a toda hora a jugar y a cantar.

Y por eso, también, es tan valeroso y alegre...

Enojarse, enfurecerse, denigrar, escarnecer... qué fácil... y qué tonto, y qué vulgar!

Millones de gentes lo practican sin esfuerzo. Pero

¿vale la pena de haber sufrido, de haber vivido, para acabar en eso?...

* * *

El triunfo nace de la fuerza. La fuerza nace de la voluntad. La voluntad nace de la aspiración.

Fuerza que se manifiesta, es la vida. Fuerza que culmina y se ilumina, son el canto y la flor. Fuerza que se ilumina y santifica, son el fruto y el sacrificio.

Para que la fuerza abra todas sus alas en el hombre, ha de realizarse como salud, comprensión y voluntad y ha de sostenerse por el valor, la concentración, la perseverancia, la disciplina, la sencillez, la destreza y el ritmo.

Callar! Callar! Callar!... Qué secreto maravilloso... qué fuerza tan grande, en esa sencilla actitud...

* * *

He confirmado, a costa de mi propio dolor, esta sencilla verdad que todos saben y que todos olvidan: *que nadie da lo que no tiene*. Pero yo añadiré que nadie da sino su espuma, aquello que de tanto abundarle se le volvió fervor y rebosamiento.

Así es toda lección, *si es lección*: desde la que trasmite un humilde maestro de escuela en la más ignorada de las aldeas, hasta la que dio Jesús en el Sermón de la Montaña.

Dar lo que se tiene, decir *lo que se es*. Manifestar como palabra, lo que en uno es cántico y fragancia...

* * *

No inquietas, no escudriñes. Haz sencillamente, como el sol: calienta y alumbra. Así, mientras vivas, no aumentarás la fealdad y la tristeza de la vida y cuando te vayas, te llevarás contigo tu luz y tu calor.

¿Pues qué hemos de llevarnos si no es aquello de que nos hayamos desprendido?

¡Felicidad! Criadero de confusiones, de bajezas y de aberraciones. Sólo el infierno sabe de lo que son capaces los hombres *por tal de ser felices*. . . Si lo alcanzaran, siquiera. . . Pero sólo es asequible, salvo que fueras ángel, a los estúpidos y a los perversos.

Para quien haya trascendido los planos de la bestialidad y del egoísmo, la palabra *felicidad* debe ser olvidada y sustituida por esta otra, real, humana y divina: ¡paz!

* * *

El hombre fue hecho así: una golondrina, un escorpión, nubes, lluvia, salidas y puestas de sol, sequías y humedades, fulgores de estrella y lívidos relámpagos, hojas verdes y hojas resacas, retoños y guijarros, gritos de renacuajos y bandas de pájaros cantores, agua estancada y agua rumoreante, viento y cieno, peste y fragancias, valles desolados y cimas de montaña, desfiladeros y horizontes. . .

Así fue hecho y *de eso se alimenta*. . . Y además, adentro de ese torbellino, un pobre colibrí, atado, comprimido. . . imaginándose que a la mañana próxima, al sólo amanecer, apenas salga el Sol, emprenderá su viaje hacia el Rosal. . .

EN COATEPEQUE

UN pequeño mar esta laguna. Cambiante, agitada, coloreada y sonora como el mar. Coloración maravillosa y múltiple. Oleadas y encrespamientos, espumas y oleosidades, como en un auténtico mar. Azules profundos, verdes cristalinos, sepías indecisos, violetas encendidos en oro y oros diluidos en topacios y esmeraldas. El volcán rivaliza con el agua en tonos y caprichos; como harían un arpa y un piano que tañera la misma inspirada mano de un artista. Aquí el artista es el divino Sol.

Esta laguna es el antiguo cráter. Hace veinte mil años, aquí en el muelle, era un hervor de piedra y lava y el suspiro de las ondas de hoy, era un mugido horrisono del monstruo subterráneo. Después la hoguera se apagó lentamente; la chimenea se fue llenando de piedra y escoria desmenuzadas, hasta quedar vacía y muda la fosa inmensa, tazón sediento de las aguas del cielo...

Un día, pasados diez mil años, será verde sabana, rezumando humedad, felpada de verdes y jugosas hierbas, donde las vacas pacerán y colmarán sus anchas

ubres. Y donde ahora se exfolia y suspira la onda, se oirá el balido apacible de un ternero reclamando su madre.

* * *

Una pasajera viene con una niñita de seis meses, ahogándose de tos ferina. La madre la asiste sin descanso, hace un mes. Un acceso cada media hora, día y noche. ¿Quién morirá primero de las dos? ¿Y *por qué* sufre esta niña? ¿Y *por qué* la madre la ama así desesperadamente? . . .

* * *

De camino, viniendo, casi matamos a un hombre. Como el gusto del que viaja en auto es ir de prisa, a toda velocidad y el afán del dueño del auto es ganar dinero de prisa, a toda velocidad, ya en nada se repara. Iban el mismo rumbo varias carretas: una, cargada con largas vigas y aunque el carretero la desvió cuanto pudo, un gran cofre adosado al auto dio contra una de las vigas. Esta, impulsada hacia adelante, desarmó la carreta en su parte superior. La viga golpeó a un buey. El buey, espantado, derribó al carretero. El hombre cayó debajo del carro, rodando por el suelo y ya no se vio sino un torbellino de polvo. Detenido el auto a medio centenar de metros, vi cómo el carretero salía trabajosamente. Muy golpeado sin duda. Era un mozo alto, esbelto, cenceño. ¿Qué pensaría? ¿Qué hiciera, de terneros cerca, al alcance de su largo machete? . . .

* * *

Dios ha otorgado el sueño a los humildes.

Y además, el canto, el canto —el verdadero canto, que es para *uno mismo* y no para los otros; que sale de uno, como sale la tela de la araña, de sus propias entrañas. Un canto que a veces no tiene sentido sino para el que lo emite, y para algún oyente que ha sabido lo que es, *verdaderamente*, reír, llorar y creer.

Así canta la Tomasilla, y esa otra muchacha, niñera de un chiquitín quejumbroso y enclenque. Apenas en los dieciocho años, la Tomasilla tiene ya un niño, y no se comprende cómo el tal pudo surgir de un cuerpecillo tan menudo. Esta muchacha es *hija de casa*, es decir, bestezuela de carga, afanada desde las cinco de la mañana hasta las nueve o diez de la noche; descalza, en harapos, desnutrada, sorda por fuerza a los lloros del niño, que la reclaman todo el día, pasando a veces diez horas en el agua, lavando, sumergida hasta los muslos, preparando ya su reumatismo. . .

Huraña, esquivada y muda ante las gentes, se abisma en el canto apenas queda sola. Nunca oí cantar tan ingenuamente, tan absorta y ensimismadamente. ¿Es canto? ¿Es llanto?

¿Qué canta? Todo, cualquier cosa, con acento y ritmos cambiantes y caprichosos como los colores de la montaña y los reflejos de la onda. (La onda, en este momento, acaricia las piernas de la Tomasilla, y la montaña, atenta, la escucha cantar).

* * *

Conciertos de los pájaros, todas las mañanas, en la terraza del hotel: cuatro chiltotas (llamas inquietas que exhalan canto y luz), dos cenizontes, un coro de ca-

landrias, un *Dichoso fui*, un clarinero resonante, y a lo lejos, dos auroras y alguna perdiz solitaria de indeciso gemir.

La terraza se halla sombreada de nogales, moras, un conacaste blanco de hojillas cabrilleantes, erguido y alto; ceñido el tronco por dos gruesas parásitas. Además, cuatro naranjos rebosantes de frutas, que en las noches pálidas semejan enjambres de globos de oro, surgiendo de nubes verdinegras.

* * *

Llega una familia de Santa Ana. Parvada de muchachas canoras, reidoras, danzarinas; pajarillos gorjeando al amparo de las mamás, que se recrean viéndolas y oyéndolas. Se desatan el fox-trot y el tango, las canciones a dúo, salpicadas de palmoreos, las bromas y las risas y los coros.

Mientras las señoras hablan conmigo, de libros —Me cuentan de sus autores— ¿Cuáles prefieren ustedes, digo yo?— Pedro Mata... Guido de Verona...

Yo, avergonzado de mi ignorancia y de mi gazmoñería, confieso que no conozco a Pedro Mata, y que sólo he leído de Guido de Verona un libro, uno solo: *La vida comienza mañana*, y que los personajes los hallé falsos, y las escenas, arrastradas de los cabellos; pero sí me encantó la riqueza pictórica del autor, su maravillosa paleta de paisajista. Recordé aquella escena de la camelia que cae, deshojándose, una noche de luna...

Es todo lo que he leído de ese cochino autor.

* * *

Para leer nosotros, hemos traído Pitágoras, Papini, Vasconcelos, Vivekananda; además, un libro sobre Budha... un horror! Por suerte, venían también lápices de colores, papel de acuarela, y una tablita... y los libros pavorosos se fueron al fondo del baúl, y yo me entregué a estudiar luces y formas... y las horas volaron, y el tiempo desapareció, gracias a Dios...

Pero luego, tímidamente, resurgió Papini, y día tras día, un rato, una hora fugaz, hemos leído y conversado de *Nuestro Señor*, de Jesús adorable e inaccesible, y *por eso* adorable. Todo El divino y humano: hombre y dios; *Cristo*, es decir, hombre divinizado, carbón hecho diamante, arcilla transformada en iris.

Comentamos: ¿Fue así? ¿Quiso decir esto o aquello? ¿Fue comprendido? ¿Será alguna vez comprendido? Y llegamos al corazón de la doctrina, al *Amor*. Tal es la clave: *amad a los enemigos*.

Amar lo que es odioso, lo que es feo, lo que es despreciable, lo que es repugnante; amar al hombre, la más hedionda criatura surgida del hedor de la vida... ¿Y cómo? Pues así, amándole... ¿Y por qué? Para que se redima... O para que nos haga la ilusión de haberse redimido.

Esta magia profunda es la que sabe y practica la madre, para que el hijo feo, grotesco, repulsivo, se le aparezca como un ángel.

Y esto es lo que practica la luz con esta montaña, donde en ciertos momentos las hondonadas tristes y oscuras, los yermos, los pedruscos, brillan como un reventar de pedrerías, como un entreabrirse de violetas o de alélies, como un esponjamiento de claveles y de jazmines...

Inaccesible, inaccesible! Y, ved ahí, por eso mismo, adorable, seductor, fascinador.

* * *

Cada uno su pena. La hostelera sufre de insomnio, a causa de que la hija única se le casó y se fue, hace ya casi un año. Desde entonces no duerme, y, por supuesto, cualquiera enfermedad le asalta. Cuando tiene un ratito libre, se divierte llorando.

* * *

¿Cómo son las cosas? ¡En un mismo día las he visto aquí, de veinte maneras diferentes, según la intensidad y la dirección de *la luz*. Son verdaderas *revelaciones*: donde se veía un tajo, hay una planicie; lo que era un hueco en el tronco de un árbol —visto en la tarde— es, por la mañana, un panal; lo que parecía un yermo amarillento, es un sembrado de trigo, aureolado al sol de la mañana. Todo depende de *la luz*. ¿No es lo mismo para las cosas del espíritu? ¿Y no podría uno, antes de contemplar toda cosa, *escoger y enfocar* la luz?

* * *

Patitos de agua... ¡Qué fácilmente nadan! Qué placenteramente van y vienen, y se sumergen, y reaparecen, tras de coger la presa, como si todo fuera juego...

Trabajo amable del que trabaja en su medio propio,

en lo que sabe y en lo que ama! . . . ya no es maldición sino deleite.

* * *

¡Valor de la cosa que se pierde! Nunca sentí como hoy, día de la partida (1º de marzo), el agua tan ligera, el aire tan acariciador e insinuante, la luz tan reveladora y profunda, las formas tan bellas, tan múltiples, tan expresivas. Todo habla, todo confía su secreto, todo se empeña en ser comprendido. Parece que en el instante de dejarlas, las cosas nos dicen: acuérdate! hemos estado juntos unas horas, y no te hicimos mal. Y si pudieras leer en nosotras, ¡cuánto bien te habríamos causado! No importa, algo te llevas nuestro, que no se perderá. . .

Lago de Coatepeque, febrero de 1924.

VISLUMBRE

QUE un hombre sólo manifieste las ideas que ha meditado larga y hondamente, no es lo mejor, acaso.

Entre las mil figuraciones, pensamientos, ensueños, fantasías y aun delirios que pasan por nuestra mente como celajes en un atardecer, o como relámpagos en una verdad cuya trascendencia no sospechamos, y que dejamos pasar, porque, orgullosos, no confiamos sino en lo que nuestra reflexión ha confirmado.

¿Quién sabe de dónde viene la luz ni adónde va?
¿Quién sabe de dónde surgen y adónde se encaminan los inesperados pensamientos del hombre?

¿La instantánea fosforescencia de la luciérnaga, no es, quizá, de la misma naturaleza que el fulgor de la estrella?

DICHA

ARRIBA, manchando el purísimo azul, va y viene un zopilote, ciego a la belleza del cielo, a la esplendidez del horizonte, a la profunda serenidad que le rodea, al ondeante y gracioso vuelo de las nubes, a la pureza de la luz y al fulgente brillo del sol que infunde la fuerza y la dicha en los seres y en las cosas.

El está allá, sin esfuerzo, sin advertirlo apenas, allá donde todos los anhelos inextinguibles no nos han podido llevar sino en sueños; allá donde nosotros enviamos no más nuestros suspiros... únicas alas que pueden sostenernos...

Y desde allá, mecido por el aire sin mancha, como si los ángeles y los dioses le llevaran sobre sus alas; desde aquella serenidad, desde aquella hermosura, desde aquella transparencia... él inquiera con ansiosos y devorantes ojos... en qué rincón negro y hediondo de este mísero suelo habrá un jirón de carne pudriéndose, y en el cual encontrará su dicha.

MEDIO DIA

NUBES... vagarosas nubes errando sobre mi cabeza... Cantos de pájaros invisibles que parecen la voz misma de las ramas y de las hojas... susurros de los insectos que se arrastran bajo la hierba... gritos lejanos de niños que recorren los senderos solitarios... toque de la campana soñolienta que anuncia el medio día... quejumbrosos balidos de los terneros que llaman a las tardías vacas... rondas de los gavilanes acechando su presa desde las altas nubes...

Y el Sol, rutilante, en la mitad del cielo, encendiendo en todas las cosas la llama de la vida...

El Sol!...

¿Por qué no adorarle? ¿Qué mejor imagen del supremo y vivificante poder que rige los mundos?

CRITERIO HISTORICO

EN la historia, cuando se trata de personajes heroicos, lo más importante no es lo que sucedió, sino lo que debería haber sucedido, según los anhelos del espectador. La realidad mayor y mejor será, entonces, la que deje más satisfecho el corazón.

MATAR

LO más amargo de la vida, lo que hace más innoble el vivir, es la necesidad de matar. Matamos, destruimos vidas incesantemente, sabiendo que, lo mismo que nosotros, con tan fuerte anhelo como nosotros, todos los animales desean vivir. . .

LA CANCION DEL PAJARO

NO es solamente *su* canción, sino también la mía. El aire que él hace vibrar con sus cuerdas vocales, con su garganta, es *el mismo* que yo estoy respirando: es *mi* aire.

Así, el pájaro canta por él y por mí. El da forma a *nuestra* canción. En cambio, yo *pienso* por mí y por él, pues lo que yo imagino o siento y escribo, es lo *mismo* que él canta. El punto de convergencia en esta canción, está en que los dos la escuchamos.

En esta confraternidad caben el torrente, la flor y el viento y también el árbol, y también la montaña y el desierto y el mar. Es la *misma* canción, que dice cada uno a su manera, con susurros, aromas, palabras o silencio.

NUEVAS PATRIAS

¿PARA qué sirven una, dos, tres naciones más, o muchas, organizadas según el molde civilizado, explotadoras, asesinas, prostitutas, morfinómanas, pauperistas, militaristas, suicidas, rapaces y mentirosas?

¿Qué gracia, qué mérito puede encontrar un hombre, si no fuese perverso e insensato, en fundar una nueva familia, si ésta ha de ser tuberculosa, sifilítica, alienada o alcohólica? ¿No pensará y sentirá que el fundar y sostener tal familia es una desgracia, una vergüenza?

No así para el hombre que está cierto de casarse con una mujer honesta; de ser él mismo un hombre sano y honesto; de que sus hijos, entonces, resultarán normales, sanos y honestos.

Pues así deberían pensar y sentir los hombres que se empeñan en fundar nuevas patrias. Deberían pensar que *una patria más, civilizada*, es decir, carcomida por la explotación, la usura, la miseria, el militarismo, la prostitución, el alcoholismo, el morfinismo, la ignorancia y demás plagas y pestes de la civilización, no sólo no sería una patria digna de crearse y amarse, sino que sería una desgracia más, una vergüenza más.

EL MAYOR DESCUBRIMIENTO

WILLIAM JAMES descubrió que en cada criatura humana hay *una excelencia*.

Esto será, creo, el mayor descubrimiento del Siglo Vigésimo. Si el mundo puede redimirse, le vendrá de ahí. No somos, acaso, todos hijos del Padre? Entonces, cada uno de nosotros es un rayo de sol.